

CAPITULO VI.

.....

El día siguiente celebráronse muy de mañana los funerales de Antonio, teniendo gran cuidado los agentes de la policía de extender la voz que el Senado quería honrar la memoria del viejo pescador por la victoria obtenida en la regatta, repa-

rando así en cierto modo la misteriosa muerte de un inocente. A la hora señalada concurrieron á la plaza los pescadores de las lagunas ataviados con sus mejores ropas, envanecidos por la distincion concedida á un compañero suyo, y cada vez mas dispuestos á olvidar los primeros arrebatos de su cólera y á no pensar mas que en el favor de que gozaban.

Concluido el oficio celebrado por el reposo del viejo Antonio, y cuando el carmelita, que apenas habia sentido el hambre y el cansancio mientras se ocupara en llenar los deberes que le prescribia la Iglesia, iba á colocarse á la cabeza de los sacerdotes para acompañar al cadaver á la sepultura, sintió que le tiraban suavemente del manto: siguió sin detencion al que le daba este aviso, y hallóse á poco á solas con un desconocido entre las columnas del sombrío templo.

— Padre, le dijo con tono afirmativo, habeis absuelto á mas de una alma pronta á separarse del cuerpo.

— Es el deber de mi santa profesion.

— El Senado reconocerá vuestros servicios. Despues del entierro de ese pescador, tendrá que recurrirse de nuevo á vuestro ministerio.

El P. Anselmo perdió el color al oir estas palabras; pero haciendo la señal de la cruz, bajó la cabeza para demostrar su consentimiento. En esto levantaron el cuerpo los conductores, y el fúnebre convoy salió á la plaza precedido de los niños de coro de la catedral y de los chantres que entonaban los cánticos acostumbrados. Colocóse el carmelita delante del cadaver, al cual amortajaran con decencia; veíanse descubiertos sus pies y manos, brillaba

sobre su pecho una cruz, flotaban sus canas á merced del viento, y salia de su boca un ramo de flores para que la palidez de la muerte causase menos repugnancia.

Detrás de todos estos simbolos característicos del fin de la humana existencia, iba un joven á quien por sus tostadas mejillas, su desnudez y negros ojos, reconocieron todos por el nieto del pescador difunto. Venecia sabia cuando era conveniente ceder con gracia; y obtuviera el mancebo, sin condicion ni trabas, la licencia del servicio de las galeras, compadecidos los senadores, segun se decia á media voz, del fin desgraciado de su abuelo. No era difícil descubrir en su altivo continente el denuedo y honrada rigidéz de principios del viejo Antonio; pero viéranse oscurecidas entonces estas calidades por un dolor muy natural y profundo. Sin embargo, ni una sola lágrima se desprendió

de sus ojos hasta el punto en que se depositó el cuerpo en la tierra: entonces triunfó la naturaleza. Alejóse de los que le cercaban, y en un sitio apartado dió libre curso al llanto al considerarse como aislado viagero en el desierto del mundo.

Así terminaron los funerales del pescador Antonio Vecchio; cuyo nombre se olvidó dentro poco en la ciudad misteriosa, aunque su memoria permaneció por mucho tiempo viva en las lagunas, donde sus compañeros ensalzaban su talento como pescador, y la victoria que consiguiera en la regatta sobre los mejores remeros de Venecia. El nieto vivió y trabajó como los otros individuos de su clase, á quien dejaremos aquí diciendo que si bien heredó todas las buenas calidades de su abuelo, abstúvose de confundirse entre la turba que la curiosidad, ó mas bien el espíritu de

venganza, atrajo á la Piazzeta pocas horas despues.

Concluida la ceremonia, el P. Anselmo entró en una barca con intento de volver á los canales y al muelle de la Piazzeta para indagar el paradero de unas personas que tanto le interesaban; mas no logró tan presto esta satisfaccion pues observando que el que le habló en la catedral le esperaba, y sabiendo cuan infructuoso era toda tentativa de resistencia cuando se trataba de los asuntos del Estado, dejóse conducir donde plugo á su guia, quien dirigiéndose por calles extraviadas le llevó á la prision pública é introdujole en el cuarto del conserge diciéndole que aguardase allí hasta que vinieran en su busca.

El curso de nuestra historia nos lleva ahora al sombrío calabozo donde se encerrara á Jacobo despues del interrogatorio que sufrió en el Consejo de los Tres. Al

amanecer del siguiente dia lleváronle ante los que debian desempeñar para con él las funciones de jueces. Es de creer que los que debian juzgar á Jacobo recibieran de antemano sus instrucciones por rendir en apariencia cierto homenaje á las leyes. No se omitió ninguna de las formalidades prescriptas por ellas: examináronse testigos ó bien se dió testimonio de haberlo hecho, y se tuvo buen cuidado de extender la voz de que al fin los tribunales se ocupaban en decidir sobre la suerte del hombre extraordinario á quien por tanto tiempo permitiérase ejercer impunemente la profesion sanguinaria aun en el mismo recinto de los canales. Aquella mañana conferenciaban entre si los crédulos ciudadanos acerca de los asesinatos que en cuatro años se le atribuyan. Quien hablaba de un extranjero cuyo cuerpo se encontró cerca de las casas de juego frecuentadas por ca-

si todos los que llegaban á Venecia ; otro recordaba la desgracia ocurrida á un noble joven que pereciera en Rialto á los agudos filos del puñal de un asesino ; y por último , un tercero refería minuciosamente el homicidio que privara de su hijo único á una madre , y á la hija de un patricio del objeto de su cariño . De esta suerte , y contribuyendo todos á la vez á aumentar la lista de los asesinatos , llegó á contar un pequeño grupo reunido en el muelle veinticinco individuos muertos á manos de Jacobo , cuentas aparte de la víctima de su venganza á quien acababan de tributarse los últimos honores . Felizmente para la tranquilidad de su espíritu , ignoraba Jacobo cuanto de él se decía . No quiso defenderse ante los jueces , y rehusó constantemente responder á sus preguntas .

— Señores , les dijo con firmeza ; bien

sabeis lo que he hecho y lo que he dejado de hacer . Por lo que respecta á vosotros , mirad por vuestros intereses .

Luego que volvió á su calabozo , pidió alimento , del que comió con tranquilidad y con moderacion . Quitaron de allí todo instrumento con que pudiese atentar á su vida ; examináronse las prisiones , y abandonósele á sus pensamientos . Tal era su situacion , cuando oyó ruido de pasos inmediatos á su calabozo , y á poco sintió correr con estrépito los cerrojos , dejándose ver , á favor de la claridad que penetró en aquel instante , un sacerdote con una lámpara en la mano , que colocó encima de la mesilla donde estaba el pan y el agua .

Jacobo recibió esta visita sin inmutarse y con el respeto que conocia ser debido al que acababa de entrar en el calabozo . Levantóse inmediatamente santiguándose y

se adelantó hácia él hasta donde se lo permitió la longitud de la cadena.

— Bien venido, padre, le dijo. Ya veo que al desterrarme de la tierra, no quieren los senadores alejarme de Dios.

— No alcanza su poder á tanto, hijo mio. El que murió por salvarlos á ellos, también ha derramado su sangre por tí si no te muestras rebelde á su gracia. Pero (y sabe el Cielo con cuanto pesar lo digo) no debes creer que un hombre que como tú ha cometido tantos crímenes, pueda concebir la mas leve esperanza de alcanzar la eterna bienaventuranza si no se penetra de un profundo y sincero arrepentimiento.

— ¿Podrá sin él obtenerla algun otro, reverendo padre?

Conmovióse el religioso al oír estas pa-

labras, porque la pregunta y el tranquilo tono del que le hablaba eran harto extraños en aquella ocasion.

— Eres otro de lo que yo pensaba, Jacobo: tu espíritu no se halla enteramente ofuscado con las tinieblas, y veo que has cometido tus crímenes á despecho de la conciencia que te reprendió su enormidad.

— Acaso no sea esto cierto, padre mio.

— Debes sentir el peso por la fuerza de tu arrepentimiento: habla...

El P. Anselmo calló, porque un sollozo que penetrara en este momento en su oído advirtióle que no estaban solos. Registró sobresaltado la pavorosa estancia, y descubrió á Gelsomina que favorecida por el carcelero habia logrado introducirse en el calabozo detrás del carmelita. Jacobo lan-

zó un gemido al verla, y volviendo la cabeza á otra parte se apoyó contra la pared.

— ¿Quién eres, hija mia?... ¿y por qué te encuentras aquí? preguntóla el religioso.

— Es la hija del conserge, dijo Jacobo viéndola fuera de estado de responder. La conocí... en otro tiempo.

Los ojos del P. Anselmo se fijaron alternativamente en ambos. Al principio eran severas sus miradas; pero poco á poco, y á medida que examinaba la fisonomía de aquellos dos seres, fueron expresando la indulgencia, y á vista de su aflicción profundá oscureciéronse casi por las lágrimas.

— He ahí el efecto de las pasiones humanas, dijo con un tono entre severo y con-

solador. Estos han sido siempre los frutos del crimen....

— Padre mio, exclamó Jacobo con viveza, acaso tendré bien merecida esta reconvencción; pero solo los espíritus celestiales exceden en pureza á esa tierna doncella que veis deshecha en lágrimas.

— Mucho gozo recibo en oírte. Te creo hombre desgraciado, te creo... Muy dulce es para mí pensar que esté tu alma exenta del pecado de haber corrompido la inocencia de esta joven.

El preso lanzó un comprimido suspiro al notar el estremecimiento de Gelsomina.

— ¿Por qué has cedido á la debilidad de la naturaleza, hija mia? ¿Por qué has entrado aquí, tierna joven? continuó el carmelita dirigiéndose á Gelsomina y procu-

rando revestirse de una severidad que su conmovida voz desmentía. ¿Sabías acaso la profesion del hombre á quien amabas?

— ¡Santa María inmaculada! exclamó Gelsomina. ¡No! ¡no! ¡no!

— Y ahora que la verdad se hizo patente, ¿eres por desgracia víctima de una passion insensata?

Gelsomina bajó la cabeza, mas por efecto del sentimiento de dolor que de vergüenza, y guardó silencio.

— No alcanzo, hijos míos, qué utilidad pueda traeros semejante entrevista. Me guiaron aquí para oír en confesion á un Bravo; y una doncella que por tantos motivos debe condenar la falsedad que ha usado con ella, no puede tener el menor interés en escuchar las circunstancias de semejante vida.

— ¡No! ¡no! ¡no! repitió otra vez Gelsomina en voz baja, ayudando con un gesto expresivo lá fuerza de sus palabras.

— Padre, dijo Jacobo con sombrío y desfallecido acento, dejadla que me mire como el mayor monstruo de la tierra: así no la será penoso maldecir mi memoria.

Gelsomina guardó silencio, y solo hizo el mismo gesto y ademanes frenéticos que antes.

— Parece que el corazon de esa pobre doncella está cruelmente traspasado, reputo con interés el religioso, y debemos tratar con miramiento una flor tan tierna... Escúchame, hija mia, y escucha la razon mas bien que la flaqueza.

— Nada la digais, padre. Decidla que se vaya; que me maldiga....

— ¡Carlos!... prorumpió Gelsomina.

Un lúgubre silencio siguió á estas palabras. El religioso conoció que la pasión obraba con mas fuerza en aquellas dos almas que cuanto pudiera decirles. Jacobo tenia que sostener contra sí mismo una lucha mas violenta que cuantas se le presentaran hasta entonces; y venciendo al fin un último deseo mundano, habló el primero.

— Padre, dijo con dignidad andando hasta donde alcanzaba la cadena, vivía en la confianza de que esta tan desventurada como inocente criatura sabría sobreponerse á su flaqueza á consecuencia del horror que debia experimentar al saber que su amante era un Bravo.... ¡un asesino!... Así lo pedia al Cielo en mis oraciones... pero no hacia la debida justicia al corazón de la muger... Di, Gelsomina, y por la salvación de tu alma conjúrote que no me

engañes: ¿puedes mirarme sin llenarte de horror?

Un fuerte estremecimiento se apoderó de la doncella á esta pregunta; pero fijando en el Bravo, amante suyo, sus hermosos ojos, asomó á sus labios una inefable sonrisa. Esta mirada produjo en Jacobo un extraordinario efecto: agitáronse violentamente sus miembros, y el religioso oyó el choque de las prisiones.

— Basta, prosiguió el Bravo esforzándose á recobrar su tranquilidad ordinaria... oirás mi justificación, Gelsomina. Has sido por mucho tiempo la depositaria de un secreto; y ya no debo ocultarte ningun otro.

— ¡Pero, y Antonio!... repuso Gelsomina. ¡Ay, Carlos, Carlos!.. ¿En qué te ofendió ese pescador desdichado para que pereciese á tus manos?

— ¡Antonio! repitió el religioso con asombro... ¿Acúsante por ventura de su muerte?

— Por ese crimen debo morir, respondió Jacobo con frialdad.

El carmelita se dejó caer en el escaño que servía de asiento al preso, y permaneció inmóvil fijando alternativamente la vista en la inalterable fisonomía de Jacobo y en la de su trémula compañera. La verdad, aunque encubierta todavía con el misterioso velo de la política veneciana, empezaba á aparecer á sus ojos.

— Hase padecido un horrible engaño, dijo con voz alterada: voy á presentarme á tus jueces para desengañarles.....

— Nada conseguireis, contestó Jacobo sonriéndose y extendiendo la mano con

dignidad para detener al buen religioso cuya inocencia era igual á su celo: el Consejo de los Tres quiere castigarme por la muerte de Antonio.

— ¡Lo serás injustamente!.... Puedo deponer con juramento que ha perecido á otras manos que las tuyas.....

— Repetid esas palabras, padre mio. Decid otra vez que Carlos no es reo de semejante atentado, interrumpió vivamente Gelsomina.

— Vese por lo menos libre del peso de este homicidio.

— Si, Gelsomina y de todos cuantos se me imputan, exclamó Jacobo presentándola los brazos y cediendo á la efusión de su alma.

Un grito de júbilo fué la única respues-

ta de Gelsomina al oír estas palabras, cayendo al mismo tiempo sin sentido en los brazos de su amante.

Cubramos con un velo esta tan tierna como interesante escena, y dejemos que pase una hora antes de levantarle. Presentaba entonces á la vista el calabozo un pequeño grupo reunido en el centro de aquella lúgubre estancia, y en el que el débil resplandor de la lámpara producía un claro-oscuro bastante á hacer resaltar la fisonomía italiana de cada uno de los personajes que componían el cuadro. Seguía el carmelita sentado en el escaño, en medio de Jacobo y Gelsomina arrodillados: hablaba el preso con viveza y energía; y por la atención que los oyentes prestaban á sus palabras, echábase de ver cuanto era el interés que les inspiraba su inocencia. Este interés era mucho mas poderoso que el

que pudiera producir en ellos la curiosidad.

— Ya os he dicho, padre mio, continuó el supuesto Bravo, que una falsa delación sobre defraude de los derechos de la República atrajo sobre el desgraciado autor de mis dias la cólera del Senado, y que no obstante su inocencia, pasó su vida sepultado por muchos años en uno de estos aborrecibles calabozos, mientras que nosotros le creíamos desterrado á las islas. Al fin conseguimos presentar al Consejo documentos que debían convencer á los patriotas de su injusticia; pero he visto que esos hombres, al paso que pretenden se les tenga por los elegidos en la tierra y creados para ejercer la autoridad suprema, no quieren reconocer sus errores, porque esto serviría de irrefragable prueba contra la supuesta sabiduría de su sistema. El Cog-

sejo retardó cuanto pudo hacernos justicia : mi triste madre sucumbió por este tiempo, en fuerza de sus pesares ; mi hermana, que entonces tenia los años que hoy cuenta Gelsomina , siguióla en breve al sepulcro , porque la única razon que dió el Senado al verse convencido por los documentos presentados, fué las sospechas concebidas contra un joven que la amaba , de ser este el culpable de un crimen que ha costado la vida á mi inocente y desgraciado padre.

— ¿Y el Senado rehusó reparar su injusticia ? preguntó el carmelita.

— No podia hacerlo sin declarar públicamente que estaba , como todos, sujeto á equivocarse en sus juicios. Interesábase además en ello el honor de algunos grandes de Venecia , y reina segun creo en sus Consejos una moral que distingue las ac-

ciones del hombre de las del senador, y que antepone la politica á la justicia.

— Puede muy bien ser, hijo mio ; porque cuando un gobierno como el de Venecia está cimentado en principios erroneos, debe necesariamente sostenerse por medio de sofismas. Dios juzga de otra suerte.

— A no ser así, ¿qué esperanza nos quedaba en este mundo ? Despues de muchos años de ruegos y de solicitudes, prosiguió el Bravo, y de obligarme al secreto por un solemne juramento , conseguí al fin el permiso para entrar en el calabozo de mi padre. Por lo menos era un consuelo para mí poderle aliviar en sus necesidades, oir sus palabras, y postrarme á sus pies para recibir su bendicion. Rayaba Gelsomina á los quince años, y encargósele acompañarme. Aunque no columbrara en aquel entonces los motivos que para ello

podrían tener los senadores, púolos después la reflexión harto patentes á mi vista, pues cuando me creyeron suficientemente enredado en sus redes, arrastráronme á este fatal error que ha destruido todas mis esperanzas conduciéndome al estado en que me veo.

— ¿No has afirmado poco ha que eras inocente?...

— Y vuelvo á repetirlo: no soy culpable de haber derramado sangre; pero sí de haber cedido á sus infernales artificios. No quiero cansar vuestra atención refiriendo los ardides y medios que emplearon para reducirme á entrar en sus designios: al fin juré servir al Estado como agente secreto por un tiempo determinado, y en recompensa debía obtener la libertad de mi padre. Si me hubiesen bus-

cado cuando tenía otro conocimiento del mundo y razón mas sosegada, á buen seguro que no me sedujeran sus sugestiones; pero los continuos padecimientos de quien me diera el ser, único bien que entonces me quedaba en el universo, eran sobrado fuertes contra mi flaqueza. Hablósem misteriosamente de ruedas y de torturas; enseñáronme algunos cuadros que representaban los martirios que hacían padecer á los presos, para darme una idea de los que pudiera sufrir mi padre.... Los asesinatos eran frecuentes en Venecia y exigían la vigilancia de la policía... En una palabra, padre mio, prosiguió Jacobo cubriéndose el rostro con el manto del religioso, consentí en que se esparciesen ciertos rumores bastantes á atraer sobre mí las miradas del público.... Excuso decir que cualquiera que se preste á su propia infamia, llevará siempre consigo la mancha.